



# Los Andes, cinturón de fuego

POR

F E L I P E G . R U I Z

**N**O es posible de ellos definiciones empíricas. Los Andes son fuego y son hielo. «Peñascosa pesadumbre» en unos sitios. Caos y vértigo, en otros. Casi siempre compañía del paisaje suramericano. En todo momento, su prestigio vertical. No me lleva ahora el pensamiento hacia los pelados páramos desiertos, ni hacia los valles donde el sol de los trópicos fermenta huevos de batracio bajo la húmeda maraña vegetal. Elijo para este recuerdo de hoy el fresco ambiente de las alturas. Junto a los ventisqueros. Donde los altos cerros coronados de fuego. Porque los Andes son el más atroz sistema ígneo del planeta: su atormentado e inquieto espolón.

Todo el Océano Pacífico, se dice, está rodeado por un cinturón de fuego. Lo mismo en la costa de Asia e Insulindia, que en la dilatadísima americana. En la de allá el Fuji-Yama de los abanicos japoneses, o el tremendo Krakatoa, fuertemente explosivo. Otros muchos en el archipiélago de la Sonda, con lavas espesas de hirviente burbujeo.

En la costa americana, los volcanes, con su acompañamiento de zonas sísmicas, forman una barrera casi sin solución de continuidad.

La dirección de las alineaciones andinas es implacable de Norte a Sur. Además, anhelan la proximidad del Pacífico. Y en este Océano, a poca distancia de la costa, profundidades gigantes. Todo ello hace comprender que el gran espinazo andino constituye una zona de rotura terrestre: una «geoclasa».

No hace mucho, en el pasado mes de agosto, una extensa zona ecuatorial, ha sufrido uno de los más terribles paroxismos de la historia dolorosa de la Cordillera. Y es que allí, en la República del Ecuador, presenta aquélla su más grandioso poder. «Avenida de los Volcanes» es un nombre significativo.

En el país hermano el sublime anticlinal no puede almacenar en una sola alineación tal número de bocas humeantes como requieren sus abrasadas entrañas; hay, pues, dos Cordilleras que muestran una crestería aterradora y bella a un tiempo, coronadas por penachos de humo... la Avenida de los Volcanes.

La capital, Quito, está rodeada por una guardia de honor: siete encendidos picachos. El Pichincha es el más cercano. La regularidad horaria propia de un punto ecuatorial, hace que el volcán, a poniente de la ciudad, sea por la proyección de su sombra, un infalible reloj de sol, que indica sobre el caserío las horas siempre iguales en todos los días del año.

La amenaza plutónica del espinazo andino se complementa con el terror de los sismos. Zona de rotura, quiere decir de inquietud.

Hay regiones en América firmemente consolidadas, tal vez haga veinte millones de años. Pero los Andes son aditamento demasiado reciente para ver conseguido su equilibrio: se inquietan, se revuelven, para buscar más firme apoyo. De su juventud geológica nace su atormentada historia humana. La juventud es con frecuencia violenta e inquieta: los Andes obran en consecuencia según lo juvenil de su estado: Tal vez cuenten apenas cien mil años de edad. Leí hace tiempo una terrible novelita rusa de Leónidas Andreiev.

El y sus novelas presagiaban ya el seísmo político y moral de su pueblo. No olvidaré mientras viva la impresión del atroz cuentecito: «DIES IRAE». Ahora, después de la catástrofe de Ambato, lo tengo más presente.

El escritor presoviético habla de los ruidos subterráneos como si los produjera un trombonista obstinado y cruel. Un terrible trombolista renueva continuamente su macabra tocata, protegido en la covacha del tremendo anticlinal andino.

Por eso, al hablar de la Cordillera del Ecuador, no puedo extenderme en un lírico desahogo ante las bellezas de su cumbre de nieve o sobre el imponente y quieto ademán de sus gargantas rocosas. Las víctimas recientes de la cólera andina reclaman nuestro recuerdo y nuestra condolencia fraternal.

Recordemos, pues, de forma rápida y sentida algo de la historia de la zona catastrófica andina. Porque zona de catástrofe resulta en todo caso, aunque en la medida del dolor humano, no siempre sea valorizada.

El volcán Sangay, por ejemplo, situado en una comarca más meridional que la de Ambato y Latacunga, es el mayor del mundo, pero vuelca la furia de su lava de infierno y la cólera inútil de sus paroxismos, en regiones deshabitadas; la roca líquida baja al valle y forma una amalgama con las aguas de un gran río: el Pastaza; nombre descriptivo y sincero como todos los de la heroica toponimia americana, donde tanto abundan los nombres que condensan una angustia de proezas geográficas. Portillo de las Vacas heladas, Barranco de Comecaballos, Canal de la Última Esperanza, Bahía de Sal si Puedes...

El trombolista subterráneo de Andreiev ha tronado bajo el Ecuador su más espantosa tarantela.

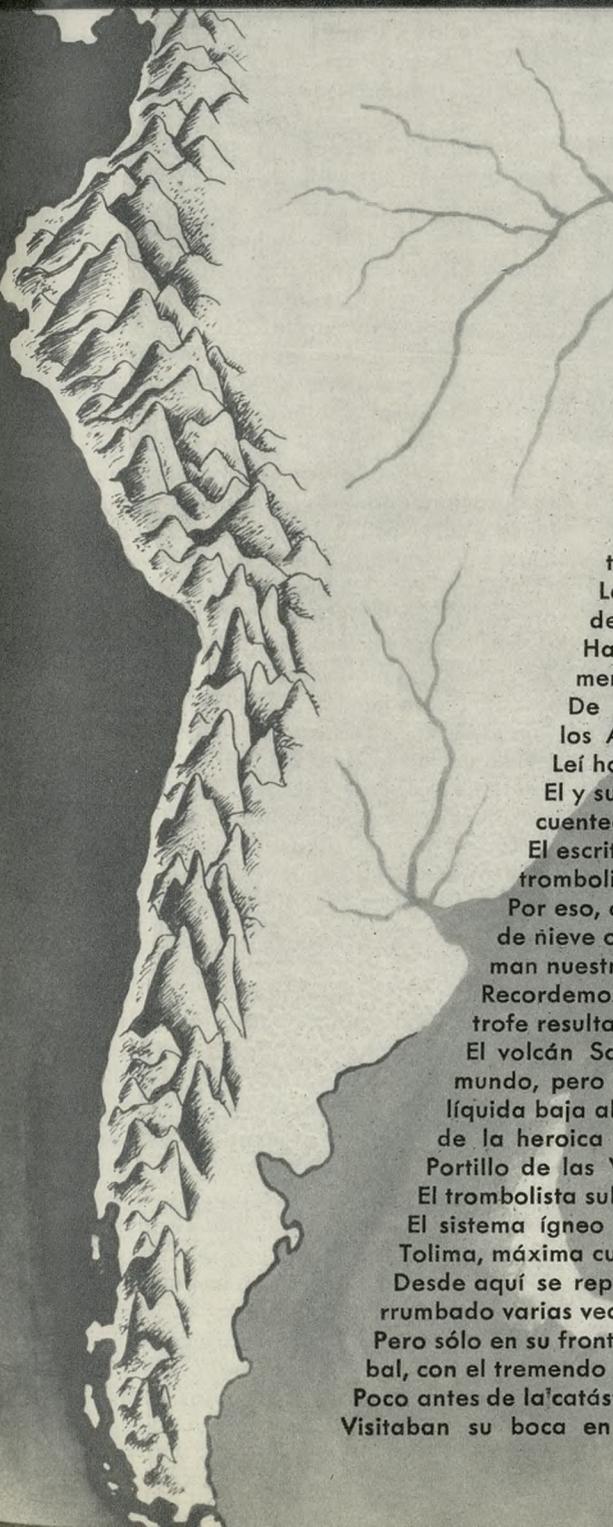
El sistema ígneo de la Cordillera empieza en Colombia con la alineación formada desde el Mesa Nevada de Arveo hasta el Gran Tolima, máxima culminación.

Desde aquí se reparten terremotos hacia los valles y hacia la meseta antioqueña: Medellín, el Medellín de Colombia, se ha visto derrumbado varias veces; Medellín, Manizales y otras más.

Pero sólo en su frontera con el Ecuador presenta Colombia sus volcanes por racimos: en Sotará, con el Tuquerres, el Ázufra y el Cumbal, con el tremendo Puracé.

Poco antes de la catástrofe de Ambato mostró el Puracé su gesto más reciente de hostilidad.

Visitaban su boca en calma un grupo de estudiantes; de pronto, un ligero estremecimiento lanzó por su ladera una momentá-



nea regurgitación de lava; doce muchachos quedaron sepultados y un nuevo estremecimiento escupiría, tal vez, algunos cadáveres disecados como una hoja reseca por el sol de los desiertos.

La zona sísmica del sur de Colombia cuenta con una antología de desgracias más densa que la del norte; en ésta, las ciudades de Honda y Mariquita, a más de las citadas, han sido víctimas del trombonista endemoniado dos o tres veces por siglo. En el grupo del sur fueron muy castigadas Popayán, Cali y Pasto.

Todo esto lo consideramos como antesala de lo que sigue más al sur.

Ya en terreno ecuatoriano intentemos un recuerdo. Nada concreto podemos decir de los paroxismos anteriores a la época de la conquista; pero, apenas iniciada ésta, se registran dos importantes terremotos en Quito, en los años 1540 y 1541.

Hay zonas que cuentan en la actualidad más de trescientos temblores al año; uno por día. La primera terrible erupción del Pichincha lleva fecha 1645: la naciente ciudad de Quito, quedó destrozada. Dos años después un terrible terremoto recorrió 2.000 kilómetros de los Andes y aniquiló Santiago de Chile y todo el sur y el centro de aquel país.

Mas para no abandonar el Ecuador, pasemos al año 1660; era Virrey por entonces el gran don Luis Enriquez de Guzmán, conde de Alba de Liste; los soldados de a caballo españoles mostraron la alarma, al traducir la inquietud de sus cabalgaduras; el caballo es casi el único animal que presiente el terremoto; donde hay reunión de ellos, se les ve separar las patas como para sostenerse mejor y lanzar unos gemidos lúgubres, que sólo pueden llamarse relinchos, al considerar el órgano que los produce. La terrible erupción del Pichincha, en aquel año, erupción a la que se añadió un gran terremoto, fué presentida por los caballos. Debemos añadir el dato curioso de que los nobles animales se tranquilizan un rato antes de que comience el fenómeno y no dan durante él, mayores señales de alarma.

El seísmo más grande por su duración, de cuantos han ocurrido en el mundo, tuvo lugar en 1687 y llegó desde Arequipa, en el sur del Perú, hasta Quito. Su duración fué desde el 20 de octubre hasta el 2 de diciembre. El mar invadió en tremendos oleajes todas las ciudades de la costa, y la propia Lima fué destruida.

Te costaría más trabajo—dice Andreiew—llevarte a la boca una taza de café que a él encrespar el Océano, agitarlo, coronarlo de espumas y estrellarlo contra el continente. ¿Concibes fuerza semejante? Pero Andreiew no supo de este terremoto: hablaba en general de su trombonista subterráneo. Los escasos medios de la época se pusieron en juego y el esfuerzo humano alcanzó el límite de lo imposible.

El Virrey, duque de Palata, cuyo palacio se derrumbó, no quiso consentir un rato de sueño a cubierto, hasta que fueron socorridos todos los dañados, hasta que se sepultaron todos los muertos, hasta que fueron reconstruidos provisionalmente los hospitales. Dos meses y medio permaneció el pundonoroso funcionario de la Corona de España descabezando su corto sueño nocturno, en una choza que se instaló por su mano, en la plaza mayor de Lima.

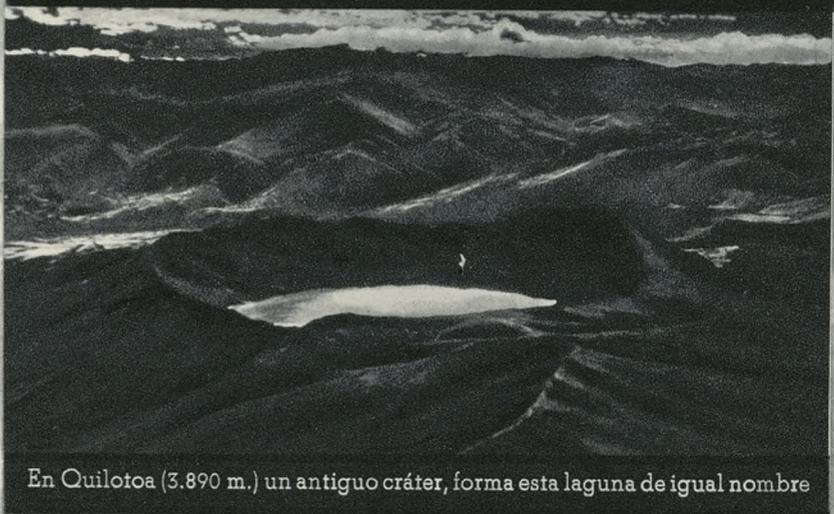
No en balde D. Pedro de Alvarado, primer hombre que cruzó los Andes del Ecuador en su totalidad y por sus comarcas peores, dijo en carta al Rey que se hallaba metido en «la más recia tierra del mundo»- Tierra recia en verdad donde las cumbres montañosas se elevan a máximas alturas, donde por muchas regiones no encuentra el «llama», donde asentar su diminuta pezuña, regida por una mirada que no conoce el vértigo. Tampoco los hombres de Alvarado conocían el vértigo ni la fa-



Cráter del volcán «Ubinas», junto a la ciudad de Arequipa (Perú).



Las nieves son perpetuas sobre los Andes chilenos, perforados de volcanes



En Quilotoa (3.890 m.) un antiguo cráter, forma esta laguna de igual nombre



El volcán Aconcagua, a 7.040 metros, máxima altitud del continente.



Las nubes cubren el cráter del Momotambo, volcán de Centroamérica.

figa, ni el miedo. Sólo la cuarta parte de los que comenzaron, pudieron contar el final; los demás quedaron helados en las cumbres o cayeron a los abismos con sus riquezas y hasta con sus familias, pues muchos llevaron sus mujeres y hasta sus hijos para enterrar en aquella geografía del diablo, sus ansias de tranquilo hogar.

La más recia tierra del mundo. Alvarado no tenía, sin embargo, una larga experiencia de seísmos: se refería a las alturas de «puna», al hambre, a los precipicios y al aire helado de los ventisqueros.

Ni los cadáveres que permanecerán incorruptos a causa del frío, ni los tesoros abandonados, se han encontrado después, aunque para ello se han organizado documentadas expediciones.

Esto parece asegurar que en los Andes del Ecuador nadie ha vuelto a poner el pie por donde pisaran los hombres de Pedro de Alvarado.

Si continuamos el recuerdo de algunas históricas convulsiones ecuatorianas, hemos de confesar que a final del siglo XVII y el comienzo del XVIII resultan particularmente interesantes.

No se despidió aquel siglo sin dos convulsiones semejantes a la última del pasado mes: su zona más castigada resultó como de costumbre Riobamba-Ambato;Latacunga. En 1707 un capricho del atroz trombonista se dedicó a cambiar el aspecto geográfico de la comarca. Donde había un cerro, puso un llano; donde se extendía un valle, levantó una altura; así por capricho y todo acompañado de su odiosa tarantera de ruidos subterráneos. En 1725 en el día de los Reyes Magos, un manotazo feroz borró el «cerro» de Ancacho y causó 2.000 muertes humanas. ¡Aniquiló totalmente un cerro!

No olvidemos que allí llaman «cerro» a una altura de 6.000 metros.

Todo aquel principio de siglo arrojó un total siniestro de destrucciones y muertes: El mar inundó la ciudad de Concepción; Lima volvió a reducirse a escombros; nuevas erupciones del Pichincha y nuevos terremotos en Quito y su comarca; ¡otra vez los nombres de Ambato o Latacunga envueltos en el prestigio macabro de sus paroxismos telúricos!

...hasta que llegó el 13 de octubre de 1746; si hemos calificado ya el mayor terremoto por su duración, debemos llamar a éste el más intenso y catastrófico. Llegó desde Quito hasta Chile y tuvo naturalmente que atravesar todo el inmenso Perú. El balance de desgracias fué aterrador. Se hundieron 80 iglesias, 12.000 casas y en la enorme longitud de la convulsión fueron aniquilados pueblos enteros; el Callao se redujo a 500 habitantes y entre Lima y Quito se desparramaron 8.000 muertos. Lo mismo en esta catástrofe que en la reciente de Ambato, debemos tener en cuenta para juzgar de su enormidad, que se trata de comarcas de muy escasa población; de pueblos esparcidos y pequeños. ¿Cuál no sería la intensidad de las sacudidas para llegar a ese número de víctimas?

A pesar de toda la experiencia sísmica, la última convulsión de Ambato ha resultado desoladora. Antes me he hecho eco de la exclamación cervantina que llama a Toledo «peñascosa pesadumbre». Los Andes multiplican por mil la frase famosa.

Por hoy nuestra condolencia de hermanos ante los desastres de Ambato; ante sus miles de muertos, sus templos aniquilados, sus pueblecitos engullidos por abismos y grietas. Muchos años han de transcurrir de calma en sus fecundos valles y de paz en la blancura de su cimera sublime, para que al contemplar los Andes como huéspedes eternos del paisaje suramericano, como su acusado prestigio vertical, no acuda a nuestros labios la frase cervantina: «¡Oh peñascosa pesadumbre!»